

Gobernar en familia. Disidencia, poder familiar y vida social en la provincia de Acayucan, 1750-1802*

El libro *Gobernar en familia. Disidencia, poder familiar y vida social en la provincia de Acayucan, 1750-1802* es un relato muy bien articulado en ocho capítulos y un epílogo y está sustentado en un acucioso análisis de fuentes primarias novohispanas, mexicanas y españolas que su autor, Álvaro Alcántara López, somete a un riguroso análisis, trátase de la documentación oficial o de las representaciones y peticiones de los indios, curas y comerciantes. Es decir, aquí el lector encontrará una narración bien sazónada y exquisita, resultado de casi dos décadas de consulta de archivos y documentos de diversos fondos documentales coloniales (mexicanos y extranjeros) y, por supuesto, de un intenso trabajo de campo en pueblos, fandangos, embarcaderos, parajes, haciendas y hatos ganaderos. El título del libro es muy sugerente y acertado porque a pesar de que el relato gira en torno a un motín de indios ocurrido en octubre de 1787, nada de este tema se refleja en dicho encabezado. De ahí la virtud y sorpresa al comenzar a leer el texto.

* Álvaro Alcántara López, *Gobernar en familia. Disidencia, poder familiar y vida social en la provincia de Acayucan, 1750-1802*, Bonilla-Artigas Editores, México, 2018.

Sin embargo, a través de los capítulos observamos un equilibrio entre los actores sociales de esta historia, es decir, los que gobiernan la provincia de Acayucan en familia (encabezados por Juan Bautista Franyutti Joseph Quintero) y los que cuestionan dicha autoridad (Gaspar de los Reyes y Ana Pascuala, alias *La Filota*, líderes del motín), así como los mulatos y pardos que conformaban más de un tercio de la sociedad acayuqueña.¹

¹ Este es un libro bien confeccionado con actores sociales que tienen nombre y apellido, cuya relación con los personajes que detentaron el poder por más de cuarenta años, Juan Francisco Franyutti y Joseph Quintero, constituye una amplia red social. Entre otros destacan: Juan García Amoroso, administrador de las Reales Alcabalas de Acayucan; Bernardo Troncoso, gobernador de la intendencia de Veracruz; Miguel del Corral, teniente del rey del Castillo de San Juan de Ulúa; Andrés Antonio García, teniente de justicia; Manuel Savón de Oliveros, comerciante gaditano y primo de Franyutti, administrador de correos y alcabala de la aduana de Coatzacoalcos; Nicolás Ficachi, teniente de milicias y administrador de la hacienda Cuatotolapan; Diego Havet y Maestre, alcalde mayor de Acayucan; Manuel Antonio Flores y Juan Vicente Güemes Pacheco y Padilla, segundo conde de Revillagigedo, virreyes; Pedro Martín, gobernador indio depuesto; Joaquín de Hoyos, comerciante local y alcalde de la Santa Hermandad; Fernando Mangino, intendente de la Real Hacienda; Joseph Joachim de Ariscorreta, miembro del consulado de la Ciudad de México; Antonio Castillo de la Peña, párroco de Moloacán e Ixhuatlán con residencia en Acayucan; Francisco Vidal, propietario de la

En esta amplia y minuciosa investigación sobre un movimiento social, Alcántara López emplea la categoría de *disidencia social* como “detonante analítico y engarce narrativo”. De esa manera, el autor logra reconstruir casi medio siglo de historia (segunda mitad del XVIII), donde su mirada se centra en “las modalidades del funcionamiento del sistema de dominación colonial, las resistencias que éste generó en los distintos espacios sociales y las formas en que los actores sociales aprovecharon a su favor las ventajas

hacienda Tonalá; Francisco Martín de Salas, alcalde mayor; Joseph Quintero, cajero de los negocios de Franyutti y teniente de milicias españolas; Miguel Cordero, cobrador de diezmos; Juan Ruperto Fortunes de la Massa, recolector de tributos y repartimientos; Diego Fentanez, propietario de la hacienda Solquautla y Cuatotolapan, alcalde mayor de Cosamaloapan, colector de diezmos y alguacil mayor de la Santa Inquisición; Andrés Barmejo, asentista de cortes de madera, fiador de alcaldes mayores en Cosamaloapan y Acayucan y comerciante asentado en Veracruz; Joseph Gil Taboada, alcalde interino de Acayucan; Buenaventura Joseph de Urbina, párroco de Acayucan; Joseph Pérez Cano, cura de Chinameca; Juan del Toro, cura de Moloacán; Joseph Gómez Castillo, dueño de la hacienda El Calabozo; Joseph Agustín Casabona, comerciante; Juan Domingo, negro, teniente de la compañía de pardos; Antonio Téllez de la Rocha, capitán de fusileros; Manuel de Llantada Ibarra, Juan Antonio Yermo y Manuel de Carabantes, comerciantes de la Ciudad de México; Joseph Antonio Villaurrutia, Juan de Thena y Domingo de la Vega, comerciantes poblanos; Diego Castropol, el padre Ceballos y Juan de Cora, comerciantes de Orizaba, así como los milicianos de Alvarado, Tlacotalpan, Cosamaloapan y Los Tuxtlas, y los lanceros de Tesechoacán.

que les proporcionaban los sistemas normativos de la época”. Así, coloca “bajo el microscopio” la vida social de un espacio periférico del Imperio español durante la puesta en marcha de las reformas borbónicas. El escenario es el pueblo de Acayucan y el evento central del relato es un motín de indios ocurrido en 1787, única expresión de disidencia social violenta en el sur de Veracruz contra las autoridades españolas en el trascurso de tres siglos.

Para Alcántara López este motín no fue aislado, sino que se inscribe dentro de un proceso más amplio de descontento social y ocurre tras la crisis agrícola de 1785-1786, cubierto bajo el manto de las reformas borbónicas. En este sentido, un aspecto central del libro es el análisis de la interacción del poder ejercido por los grupos dominantes y las expresiones sociales de descontento. El autor cuestiona las explicaciones economicistas (crisis agrícola) y naturalistas (salvajismo natural de los indios) del motín de Acayucan de 1789 con base en el amplio *corpus* de fuentes documentales consultadas.

Esta cuidadosa investigación tiene la virtud de mirar “a ras de suelo” a los actores sociales de la provincia de Acayucan en el sur de Veracruz. Es decir, el análisis meticuloso de las fuentes permitió a Alcántara López observar a la rica familia de apellido Franyutti, a los indios que encabezaron el motín y a la numerosa pobla-

ción de origen africano (pardos y mulatos) que conformaban la sociedad colonial. Es decir, el autor no se conformó con el estudio de un solo grupo social, donde pareciera que los indios debían ser los actores principales, sino que fue tras la oligarquía regional representada por Juan Bautista Franyutti y su yerno Joseph Quintero, además de la numerosa población parda y mulata que alcanzó más de un tercio del total de habitantes de Acayucan y que se destacaba en diversas actividades económicas.

De esta manera, la mitad del libro está dedicada a la red familiar organizada en torno al patriarca Franyutti y su relación con las prácticas autoritarias, las actividades comerciales, las modalidades de la administración colonial, el acaparamiento de la tierra y la producción agrícola. De acuerdo con Alcántara López tres eran las actividades económicas fundamentales del genovés: la cría de ganado, la actividad mercantil y el control de los puestos clave de la administración colonial. De esta manera la acción de la oligarquía regional le permitió analizar al autor cuatro puntos esenciales: *a)* la debilidad institucional de la Corona española, *b)* la articulación comercial a través de mercaderes, *c)* la injerencia de las élites novohispanas en el gobierno colonial y *d)* los alcaldes mayores vistos como expresión de una red social.

Pero al mismo tiempo, como su correlato, lo relevante también del trabajo es que estudia las acciones que los indios de Acayucan (una fracción disidente de caciques y macehuales) desplegaron por casi dos décadas orientadas a: *a)* limitar la presencia española en la organización política y vida comunal india, *b)* recuperar el territorio perdido en los dos siglos anteriores, *c)* proponer una nueva relación con la autoridad virreinal y *d)* replantear la obligación de tributar al monarca.

El autor asegura que el motín no puede ser visto como un episodio aislado e intempestivo, sino, por el contrario, como una estrategia colectiva y concertada de protesta social de indios con nombre y apellido: Ana Pascuala, Gaspar de los Reyes, Simón de la Cruz y Mateo Gordoño, o como las acciones de milicianos mulatos como Antonio de la Cruz, Antonio Duarte y Antonio Guillén.

En suma, el acercamiento de Alcántara López a la sociedad acayucana en el periodo colonial tardío no es exclusivamente vertical (grupos hegemónicos *versus* subalternos), ya que a través del análisis relacional y el examen exhaustivo de las trayectorias individuales logra captar los vínculos establecidos, las negociaciones realizadas y las estrategias políticas desarrolladas entre los distintos grupos sociales. Esta interacción social, sin duda, condujo al autor a entender el

contrabando y la corrupción como “prácticas institucionalizadas”, ejercidas en común por funcionarios reales, pueblos indios y milicianos.

Por otro lado, el texto de Alcántara López tiene la virtud de vincular acertadamente la protesta social y la lucha permanente por la restitución de tierras, porque los estudios sobre los movimientos sociales que abordan periodos muy reducidos carecen del análisis de este aspecto fundamental para los pueblos. Si bien es cierto que el motín de Acayucan del 21 de octubre de 1787 ya había sido abordado por varios autores desde enfoques generales (Christon Archer y Eric van Young), regionales (Antonio García de León y Rudolf Widmer) o locales (David Ramírez Lavoignet y Alfredo Delgado), el autor toma distancia de esos estudios porque puso en práctica el análisis relacional y el contraste de escalas de observación, abordando e integrando a su relato cada una de ellas con una mirada amplia y reinsertando el motín en un contexto social más amplio por más de medio siglo.

Alcántara López destaca que Acayucan era un pueblo mestizo y una provincia (integrada por dieciocho pueblos) de indios, mulatos y, en menor medida, españoles, donde se cultivaba maíz, ixtle, algodón y caña de azúcar, siendo las principales actividades económicas de la provincia la cría de ganado mayor, el comercio y la arriería. Sin embargo, entre estos

productos cosechados, el cultivo del algodón se convirtió en el motor económico de la jurisdicción de Acayucan en la segunda mitad del siglo XVIII —como sucedió también en la provincia de Cosamaloapan descrita por Aguirre Beltrán—, disputándole tierras y vegas a la ganadería, lo que desencadenó el aumento de áreas cultivables y una mayor demanda de mano de obra. Es decir, el espacio ganadero se modificó, pero aun así los terratenientes continuaron teniendo el control social de las siembras de algodón, la habilitación y el clientelismo. Esto se debió a que el algodón alcanzó un valor comercial inestimable en los circuitos mercantiles novohispanos y se convirtió en el producto “más codiciado” por alcaldes y comerciantes de la costa de Sotavento. De acuerdo con el autor, este cambio de orientación productiva de las haciendas ganaderas tuvo efectos sociales importantes como el endeudamiento de la población, principalmente parda y mulata, y el establecimiento de relaciones clientelares de lealtad entre hacendados y cosecheros (pardos e indios) sobre la base del endeudamiento y el acaparamiento de tierras realengas.

Juan Bautista Franyutti no sólo era propietario de la inmensa hacienda ganadera de Cuatotolapan, también tenía negocios en el comercio de algodón, cacao, recuas para arriería y canoas para el trasiego fluvial (a través de los ríos San Juan, Coatzacoalcos

y Tonalá), además de ser socio intermediario de los comerciantes de la Ciudad de México. Esto fue posible cuando Acayucan se convirtió en un punto nodal de las rutas comerciales que atravesaban el Istmo de Tehuantepec y, gracias a su cercanía con Paso de San Juan Michapa, en un centro “redistribuidor” de mercancías por vía fluvial entre Paso de Tecojalpa, San Juan, Tlacotalpan, Tlaxicoyan y Alvarado. Sus alianzas comerciales le permitieron participar en un circuito mercantil que incluía a Cádiz, México, Puebla, Orizaba, Acayucan, Tlaxicoyan, Tabasco y Chiapas. Así, Juan Bautista Franyutti se convirtió en “un nodo estratégico en la redistribución y control de los productos del sur del virreinato”.

A diferencia de muchos comerciantes-hacendados de los que no se conoce nada de su remoto y oscuro pasado, Alcántara López ofrece detalles pormenorizados de cómo el genovés Juan Bautista Franyutti llegó a la barra del Coatzacoalcos, al pueblo de Acayucan, y de los negocios que emprendió para labrar su fortuna a través del comercio, los cargos públicos reales, la compra-venta de algodón y la adquisición de la hacienda Cuatotolapan. En dos décadas (1740-1760) Franyutti “concretó casi todo el poder que era posible reunir en una misma persona: recolector de diezmos y alcabalas, comerciante, capitán de

milicias españolas, duelo de recuas, notario del santo oficio, ganadero, familiar y alguacil del santo oficio, mayordomo de varias cofradías de Acayucan y Chinameca, usurero público, arriero, recolector de los tributos y responsable de poner y quitar a su antojo a los alcaldes, tenientes de justicia y párrocos de la jurisdicción”.

Pero, por supuesto, que no se trataba de un individuo benevolente, pacífico y ferviente católico, pues era el responsable de la tensión que se respiraba en la provincia de Acayucan, cuyos principales enemigos no eran solo los indios, pardos y mulatos, sino también sus colegas comerciantes; incluso era descrito por el párroco de Moloacán e Ixhuatlán como un hombre de “genio tan díscolo y revoltoso” y como un “monstruo de ambición insaciable”, corrupto, pero también deudor de créditos. Si bien Juan Bautista Franyutti fue eximido ante la justicia civil y judicial de toda responsabilidad de las causaciones en su contra por parte de diferentes actores sociales —sus enemigos no eran pocos: los párrocos de Acayucan, Chinameca y Moloacán, los milicianos pardos y mulatos de Acayucan, los hacendados como el propietario de la hacienda El Calabozo y sus pares mercaderes—, no escapó de la ira del comerciante Gabriel Santander, quien lo asesinó a puñaladas en el verano de 1764 por haberlo despojado de su cargamento de mercancías.

Para el autor, la riqueza de Franyutti no provino de una herencia de sus antepasados aristócratas, sino que labró su propio capital a través de la “capacidad de negociación y construcción de alianzas comerciales o el poder ejercido para intimidar a los adversarios”. Lo que también demuestra la habilidad del genovés para hacer negocios y relacionarse.

Alcántara López deja varias líneas de investigación en materia económica para estudios a futuro; uno de ellos es el cultivo y comercialización del algodón durante la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. Por el momento dos preguntas clave nos podrían ayudar a entender su auge y decadencia en la provincia de Acayucan: ¿por qué dejó de ser un cultivo redituable en la centuria decimonónica? y ¿qué motivó su desplazamiento? Otro producto como el aguardiente, derivado de la caña de azúcar, era también muy demandado en la región, pues en su producción, comercio y consumo intervenían pardos, mulatos, mestizos, españoles (comerciantes y autoridades reales) e indios. Precisamente, cuando el autor señala que la figura del alcalde mayor ha sido descuidada en los estudios novohispanos, nos encontramos que éste jugaba un papel primordial en el repartimiento forzoso y venta de aguardiente, sin embargo, sus excesos y reiterados agravios desencadenaron acusaciones por parte de los indios

y mulatos. Incluso, la embriaguez —inducida o no— resulta también un tema por estudiarse en la costa de Sotavento. Además, llama la atención que el cultivo de la caña de azúcar, que tuvo un auge a partir de la década de 1760, sería uno de los productos agrícolas que se continuarían cosechando durante los dos siglos siguientes (XIX y XX), a diferencia del decaimiento del ixtle, el algodón, el tabaco y el cacao. ¿A qué se debe la permanencia de espacios cañeros en la región? La gramínea desplazaría al algodón, pues ahí donde Franyutti destinó en arrendamiento una franja de su hacienda ganadera Cuatotolapan para el cultivo de la fibra (cuya extensión era de 21 sitios de ganado mayor y siete caballerías), existe hoy en día el ingenio Cuatotolapan.

Por otro lado, Alcántara López muestra, a través de la figura de Juan Bautista Franyutti, el quehacer institucional de las oligarquías regionales y la consolidación de un sistema autoritario, fundado en el control de puestos claves en la administración colonial entre 1740 y 1762. De esta manera Franyutti fue el primer personaje en consolidar y heredar el poder a sus descendientes hasta el México independiente, grupo constituido para entonces en una oligarquía de alcance regional que también falta por estudiar.

Otro personaje de importancia en este relato es la figura de Joseph

Quintero, mercader, cajero de los negocios de Franyutti y teniente de las milicias urbanas de Acayucan. Quintero se convirtió en el yerno de Franyutti al casarse con su hija María Aurelia, pero, además, fue nombrado albacea testamentario por parte de su suegro antes de morir. De igual manera que su mentor, Quintero ocupó una posición socioeconómica relevante en la alcaldía de Acayucan, tanto que el autor encontró en su trayectoria individual algunos puntos coincidentes con la de su benefactor Franyutti. Por si fuera poco, Quintero se convirtió, en palabras del autor, en el “nuevo jefe del clan familiar” y logró “mantener su condición de hombre fuerte hasta el día de su muerte”, ocurrida en 1786. Quintero continuó con los negocios comerciales de su suegro: compraventa de algodón, ixtle y cacao, venta de ganado de la hacienda Cuatotolapan y arriería, además de ser propietario de una flota de canoas y una bodega en Tlacotalpan. En pocas palabras, se convirtió en un “señor de tierras y ganados”, ejerciendo una enorme influencia en el pueblo y en la provincia de Acayucan por más de dos décadas, entre 1765 y 1786. Una diferencia notable con su mentor fue que nunca fue acusado como

causante directo de los abusos que se cometían contra los indios, cuestión destacable porque dicha conducta no formó parte de su herencia político-patriarcal. Otro punto disímil fue que Quintero murió endeudado y envuelto en litigios legales, aunque debe reconocérsele que fortaleció el capital de la familia Franyutti. En cambio, el avalúo de los bienes de Juan Francisco Franyutti a su muerte ascendía a más de ochenta mil pesos. Sin embargo, al igual que éste, Quintero integró una “red clientelar vertebrada por su familia extensa, donde él era el nodo que daba cohesión a un grupo heterogéneo de personajes”. Entre esta red clientelar destacaron sus sobrinos, los hermanos Ficachi y Pedro Moscoso.

En suma, la lectura de este libro permite comprender la importancia que tuvieron los Franyutti-Quintero en la vida social y económica de la provincia de Acayucan durante toda la segunda mitad del siglo XVIII, familia que tuvo la “capacidad de transitar de un ejercicio personal de poder (1740-1764) a otro desplegado en forma corporativa (1770-1788)”.

Luis Alberto Montero García
INAH-Veracruz